

Gozos y consolaciones para las personas que tienen santidad real

Heb. 12:14

Para finalizar nuestro estudio de la santidad real, analicemos, a la luz de las Sagradas Escrituras, algunos consuelos y gozos que produce en esta tierra saber que tenemos la santidad real. Que este estudio nos permita abrir las puertas eternas de nuestras almas, y encontraremos, no un río, sino un mar de alegría y consuelo.

1. *En primer lugar, sepa para su gozo, que la santidad auténtica es el sello de su elección eterna.* Algunos son elegidos para oficios gloriosos en esta tierra, otros son elegidos para la gloria eterna en el mundo celestial. Judas fue escogido para ser un apóstol en la tierra, pero no para ser un santo en el cielo: *“Jesús les respondió: ¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?”* (Jn. 6:70); en cambio, los tesalonicenses fueron elegidos para la gloria eterna en los cielos, a pesar de que no fueron escogidos para cargos gloriosos en la tierra: *“Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección”* (1 Tes. 1:4).

Es probable que usted sea pobre, que nunca haya sido elegido para un empleo honorable en la iglesia o en el estado. Pero si usted es una persona santa, debe saber para su gozo eterno, que su santidad es un auténtico sello de su elección eterna. Es la contraparte, por así decirlo, del amor electivo, la gracia y el favor eterno que Dios tiene para nosotros: *“según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él”* (Ef. 1:4). Dios no nos eligió porque éramos santos o porque él previó que con el tiempo llegaríamos a ser santos; no, él nos ha elegido con el fin de que seamos santos.

Dice Pablo *“Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección; pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo...”* (1 Tes. 1:4-5). Y luego el verso 9 dice: *“y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero”*. Cuando el evangelio llega en el poder del Espíritu Santo, y convierte a las personas, de los ídolos para servir al Dios vivo, este es un signo claro y evidente de su elección. La santificación genuina es evidencia segura, es una

copia pura de la elección de una persona. Así como el original es conocido por la imagen, y la causa por el efecto, también la elección es conocida por la santificación genuina.

Una persona nunca necesitará tener una escalera grande y una chiquita para subir al cielo, o tener un sueño o una visión, con el fin de subir a los archivos celestiales y ver si su nombre está inscrito en el libro de la vida o en el registro de los elegidos. Lo que dicha persona debe hacer es una investigación rigurosa y diligente para saber si está siendo santificado o no.

Algunas personas tienen sus nombres inscritos en los guiness records o en placas de mármol, incluso, algunos lo tienen escritos en las declaraciones de fe de la iglesia, como Poncio Pilato, quien aparece en el Credo Apostólico; pero si no tienen la santificación genuina, sus nombres no estarán inscritos en el libro de los elegidos que tendrán la felicidad eterna de ver a Dios.

2. En segundo lugar, si usted tiene la santidad genuina, sin la cual nadie tendrá la dicha de ver a Dios, sepa que el Señor se complace y deleita tanto en tu santidad como en tu persona.

“Porque Jehová tiene contentamiento en su pueblo; él corona a los humildes con la salvación. Regocíjense los santos por su gloria, y canten aun sobre sus camas” (Sal. 149:4-5). La palabra hebrea que se traduce como *contentamiento* significa, placer, deleite, satisfacción. Dios experimenta un singular placer y goce con todos sus santos, con todos a los que ha santificado. La santidad es la imagen misma de Dios, por lo tanto, Él no puede dejar de disfrutar de ella ni de todos los que la portan.

“El remanente de Israel no hará injusticia ni dirá mentira, ni en boca de ellos se hallará lengua engañosa; porque ellos serán apacentados, y dormirán, y no habrá quien los atemorice” (Sof. 3:13). Estas personas son gloriosas por su santidad, por lo tanto, Dios se deleita y se place en ellos: *“Jehová está en medio de ti, poderoso, él salvará; se gozará sobre ti con alegría, callará de amor, se regocijará sobre ti con cánticos”* (v. 17).

Así como el novio recién casado se deleita en su novia, así como el padre se regocija con su pequeño hijo que alza en sus brazos, así como el agricultor se deleita al ver un terreno estéril producir abundante fruto y así como el padre se deleita al ver que su hijo pródigo

regresa a casa para reformarse y santificarse; el Dios santo también se encanta, enamora y llena de alegría sobre su pueblo, el cual ha abandonado las tinieblas para venir a la luz, el cual ha pasado de muerte a vida, el cual produce frutos agradables de justicia y santidad (Heb. 2:10); el cual lucha contra el mundo, el pecado y el diablo, el cual se humilla y enmienda sus caminos.

La mayor felicidad de una persona es cuando sabe que su nombre está inscrito en el libro de los elegidos: *“Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están inscritos en los cielos”* (Luc. 10:20).

Hay muchas personas que tienen curiosidad por saber si sus nombres están inscritos en el libro de la vida, pero no hay otra manera de saberlo, sino es por la santidad. ¿Ha roto usted con sus pecados por medio del arrepentimiento? ¿El evangelio le ha cambiado, tanto en su vida interna como externa? ¿Es usted una nueva criatura, y se volvió de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Jesucristo? Entonces, sin ninguna duda, su nombre está inscrito en el cielo, y usted es la persona más feliz en el mundo. El apóstol Pablo, luego de decir que los nombres de sus colaboradores en el ministerio están inscritos en el libro de la vida afirma: *“Regocijaos en el Señor siempre: Otra vez digo ¡Regocijaos!”* (Fil. 4:4).

Muchos se vanaglorian porque son grandes gramáticos, lingüistas, matemáticos, astrónomos, filósofos, políticos, músicos; pero la verdad es que el mejor gramático es el que ha aprendido a escribir la verdad en su corazón, el mejor astrónomo es el que tiene sus pensamientos en el cielo, el mejor músico es el que canta alabanzas a Dios, el mejor matemático es el que sabe contar sus días, el mejor filósofo es el que cada día crece en santidad, el mejor economista es el que entrena a su familia en el temor de Dios, el mejor político es el que toma y sabe dar consejos bíblicos, el mejor lingüista es el que sabe hablar la lengua de la santa Sión; por lo tanto Dios experimenta gran satisfacción y placer en los tales.

El santo cristiano es la única persona a la cual Dios le ha hecho los más grandes milagros: era ciego pero ahora Dios le ha dado la vista para ver que el pecado es el mayor mal y que Cristo es la mejor elección. Estaba sordo pero ahora Dios le ha dado nuevos oídos espirituales para escuchar la dulce música de las promesas divinas. Era torpe para hablar,

pero ahora Dios le ha dado una lengua de escribiente ligero, ahora es el mejor hablando de Dios; ahora puede contender por la fe y hablar en nombre del Señor: *“Rebosa mi corazón palabra buena; dirijo al rey mi canto; mi lengua es pluma de escribiente muy ligero”* (Sal. 45:1); *“Plata escogida es la lengua del justo”* (Prov. 10:20). Era un cojo que no podía dar un solo paso hacia Cristo y la santidad, pero ahora su pie se deleita en correr los caminos de los mandamientos del Señor: *“Por el camino de tus mandamientos correré, cuando ensanches mi corazón”* (Sal. 119:32). Estaba muerto en sus delitos y pecados pero ahora está vivo, y lo que ahora vive en la carne, lo vive en la fe del Hijo de Dios, el cual le amó y se entregó asimismo por él (Gál. 2:20).

Fue un milagro que el río Jordán detuviera sus aguas, pero es un milagro mayor ver a un pecador, que estaba acostumbrado a hacer el mal, hacer el bien. Es un milagro ver a este hombre terrenal convertido en uno celestial, a un hombre carnal transformado en espiritual, a un hombre orgulloso convertido en humilde, a un hombre codicioso en uno dadivoso, a un hombre duro en uno manso, etc; ahora, ¿cómo no se deleitará un Dios santo al ver estos milagros que ha obrado en ellos y por ellos?

3. *En tercer lugar, si usted tiene la santidad genuina, sin la cual nadie tendrá la felicidad eterna de ver a Dios, sepa que ella es una evidencia sustancial de su unión con Cristo.* Toda verdadera santidad es el fruto de la unión con Cristo: *“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer”* (Juan 15:5). Después de nuestra unión con Cristo, él no sólo se hace nuestra sabiduría, justicia y redención, sino que también se hace nuestra santificación (1 Cor. 1:30).

Cristo y la persona santa son uno, así como el Padre y el Hijo son uno, como la vid y los sarmientos son uno, como la cabeza y el cuerpo son uno, como los fundamentos y el edificio son uno, como el esposo y la esposa son uno.

El que está en Cristo es una nueva criatura (2 Cor. 5:17). El que está injertado en Cristo, el que está unido a Cristo es una nueva criatura. Él tiene una nueva cabeza, un nuevo corazón, un nuevo labio, una nueva vida, un nuevo espíritu, nuevos principios y nuevos fines.

El hombre convertido podrá decir: “Ya no soy el hombre que era. Era un león, pero la santidad me convirtió en un cordero. Era un lobo, pero la santidad me ha convertido en oveja. Era un cuervo, pero la santidad me ha convertido en una paloma.

Todas estas cosas no hacen más que hablar de la unión de una persona con Cristo. La renovación habla de la unión, y la unión de la renovación. Así como la depravación es el resultado de la unión con el primer Adán, la renovación es resultado de la unión con el segundo Adán, es decir, con Cristo (Col. 3:10).

4. *En cuarto lugar, si usted tiene la santidad genuina, sin la cual nadie verá al Señor, debe saber para su gozo que Dios ciertamente bendecirá a todas sus bendiciones y le bendecirá a usted en todas las cosas.*

Dice el salmo 34:12-14 “¿Quién es el hombre que desea vida, que desea muchos días para ver el bien? Guarda tu lengua del mal, y tus labios de hablar engaño. Apártate del mal, y haz el bien; busca la paz, y síguela.” La mayoría de los hombres tienen muchas bendiciones, pero sólo el hombre santo tiene bendecida sus bendiciones.

Dijo Dios al santo Abraham “*En bendición te bendeciré*” (Gén. 22:17), es decir, voy a bendecir tus bendiciones. La persona santa está en pacto con el Dios santo y por lo tanto, todas las bendiciones del pacto son tuyas. Todos los que participan de la santidad del pacto, sin duda, participan de las bendiciones del pacto (Sal. 50:5; 105:42; Ez. 36:25-26; Zac. 3:3-4; Sal. 84:11; Prov. 12:21).

Oh cristiano, todas las bendiciones del Trono de la gracia son bendecidas para ti.

Un poco, bendecido por Dios, es mejor que disfrutar de un mundo entero. Si eres una persona santa, el Dios de toda misericordia – y todas las misericordias de Dios son tuyas. el Dios de todas las comodidades – y todas las comodidades de Dios son tuyas. ¿Qué más podrías pedir?

Como las bendiciones de Dios serán bendecidas para ti, entonces, en cada estado serás bendito. Serás bendito en la salud y en la enfermedad, en la fuerza y en la debilidad, en la riqueza y en la pobreza, en el honor y en el deshonor. Serás bendecido en casa y en el extranjero.

Las bendiciones de un hombre impío se convierten en maldición para él, pero las bendiciones de un hombre santo son bendecidas por Dios: *“La maldición de Jehová está en la casa del impío, pero bendecirá la morada de los justos”* (Prov. 3:33). Isaac labra la tierra y siembra su semilla, y Dios lo bendice al ciento por uno (Gén. 26:12), por el contrario, Caín labra la tierra y siembra la semilla, pero la tierra está maldita para él y le robará sus fuerzas (Gén. 4:12).

5. *En quinto lugar, si eres de los que tiene santidad genuina, sin la cual no hay verdadera felicidad, debes saber para tu gozo que tu santidad es un glorioso testimonio y la evidencia de tu llamamiento eficaz.*

Dice 1 Pedro 1:15 *“sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir”*. Muchos son llamados externamente, pero no internamente. La verdadera santidad habla de un llamado interno, de un llamado eficaz, de un llamado desde las tinieblas a la luz admirable.

La verdadera santidad habla del llamado que convierte en santos a los pecadores, en hijos a los esclavos y en amigos a los enemigos. Así como José, un desconocido, fue llamado de la miserable cárcel para convertirse en el favorito de la corte del Faraón (Gén. 41), la santidad auténtica es un glorioso testimonio y la evidencia de que han sido llamados eficazmente fuera de la prisión del pecado para convertirse en un favorito del rey de la gloria (2 Tim. 1:9; 1 P. 5:10; Gál. 4:6).

El autor de este llamado es un Dios santo. Nuestro llamamiento santo depende del propósito de Dios, del poder, la gracia y la buena voluntad de Dios. Los medios de nuestro santo llamamiento son el Espíritu y la Palabra de Dios. Los fines de nuestro llamado son la santidad y la gloria de Dios.

6. *En sexto lugar, si eres de los que tienen santidad auténtica, sin la cual no hay felicidad, debes saber para tu gozo que ella es una bendita evidencia de tu adopción y filiación.*

Dice Juan 1:12 *“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”*. Si eres una persona santa, has pasado de ser un hijo de ira para convertirte en un hijo de Dios, en un hijo del amor. Has pasado de ser un heredero del infierno para convertirte en un hijo del cielo: *“Pero cuando vino el*

cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos... Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo” (Gál. 4:4-5, 7).

También dice Pablo “*Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Ro. 8:14).* La dirección del Espíritu de Dios se da a través de su santa guía. No hay nadie que sea realmente hijo de Dios que no esté bajo el santo liderazgo del Espíritu Santo. Nadie que no sea irreprochable y sencillo en su vida y conversación, debe ser llamado hijo de Dios.

El que ha sido adoptado por Dios se conoce en que la luz de la santidad brilla resplandeciente en su vida: “*Para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo” (Fil. 2:15).*

Hay dos maneras de saber si hemos sido adoptados por Dios: En primer lugar, porque el espíritu de adopción nos lleva a clamar con confianza: “*!Abba, Padre!*” (Gál. 4:6); y en segundo lugar, por nuestra santidad.

Es un honor muy alto para el hombre pecador el que pueda ser convertido en hijo del Rey de reyes y Señor de señores, como dice Juan: “*Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1 J. 3:1).* Dios es muy condescendiente al honrarnos con el título de hijos, siempre debemos pensar y hablar de ello con mucha admiración. Y no es para menos, pues es digno de admirar que los que no han merecido una sonrisa de Dios, o una buena palabra de su majestad, o una buena mirada de su parte; ahora son convertidos en hijos amados de Dios.

¿Qué manera de amar es esta: que aquellos que provocaron a Dios y fueron sus enemigos, que aquellos que se deleitaban en toda clase de lujuria y vanidad, aquellos que lucharon contra Dios en el ejército de Satanás, aquellos que rechazaron todos los ofrecimientos de la misericordia divina, aquellos que merecían ser reprobados, condenados y enviados al infierno por Dios; ahora han sido adoptados y constituidos en hijos de Dios? Esto es para ponerse en pie, aplaudir, cantar y admirar la grandeza y las riquezas de su gracia.

7. *En séptimo lugar, si eres de los que tiene la santidad genuina, debes saber para tu gozo que eres un indiscutible heredero de la gloria eterna.*

Dice el apóstol Pablo: *“El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse”* (Ro. 8:16-18). Y luego dice: *“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su hijo (es decir, en santidad)”. “Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó”* (v. 29-30). También el apóstol Juan dice: *“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo el que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro”* (1 J. 3:2-3).

El que tiene una auténtica esperanza, una esperanza viva, de ser como Cristo en la gloria y de reinar con él en los cielos, trabajará seriamente en su auto-purificación. No hay esperanza que pueda ser comparada con aquella que te lleva a la santidad, que conduce el alma a los más altos grados de purificación, que capacita al hombre para establecer la pureza de Cristo como el modelo más perfecto a imitar. Esto es lo que dice Pablo: *“Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna”* (Tito 3:4-7).

La santidad es el precursor infalible de la gloria, es el primer fruto de la felicidad y bendición eterna que Dios ha guardado para sus hijos. ¡Cuánto gozo y alegría debe producir esto en el corazón del santificado! No importa si nunca más tienes un buen día sobre la tierra, o si todas las primaveras de tu comodidad son secadas, o si nunca más veas la sonrisa

de Dios sobre tu vida en esta tierra; aunque el resto de tu vida esté lleno de cruces, pérdidas, problemas y pruebas; así Dios deje que Satanás te tienta y los malos hombres te opriman, así tus amigos se conviertan en tus enemigos, así vayas a la tumba con lágrimas en tus ojos y dolor en tu corazón; debes estar seguro que eres un heredero de la gloria, que toda la felicidad del cielo es tuya, que la corona es segura, que siempre estarás lleno y satisfecho con los placeres y deleites eternos que están a la diestra de Dios (Sal. 16:11). Tienes un motivo para alegrarte y regocijarte en medio de todas tus penas y sufrimientos.

Todas las riquezas del mundo no se pueden comparar con la gloria que está guardada para los santos de Dios. Ellos tienen una herencia reservada en los cielos que no puede ser comida por la polilla, ni robada por ladrones, ni arrancada a la fuerza, ni quitada por los bancos, ni dañada por calamidades naturales.

Qué consuelo debe ser esta preciosa verdad para un cristiano, en medio de sus miserias y dolores él es capaz de mirar a Dios y decir: “Este Dios es mi Dios por siempre y para siempre, él será mi guía a la gloria”. Él podrá confiar en las palabras del salmista “*Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria*” (Sal. 73:24). El santo podrá mirar al cielo y decir: “esta es mi herencia. Toda esta gloria y felicidad es mía porque yo tengo esa santidad que es la garantía de ella”.

Hermanos santos, gocémonos en nuestra elección, en nuestra redención, en nuestro llamamiento, pero también deleitémonos y esforcémonos en nuestra santificación, ella es la confirmación de que un día seremos glorificados para estar por siempre con nuestro bendito Salvador, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.